

VENANCIO
DEL VAL



Ant. Olloqui

POESIAS A LA VIRGEN
BLANCA

A.T.A.
391

PETALOS DE NIEVE es la primera aportación literaria en obsequio de la Virgen Blanca con motivo de su próxima coronación como Reina y Señora de la Ciudad de Vitoria.

Su autor, especialmente dedicado a los temas vitorianos, tiene también otras obras dedicadas a la Patrona de la Ciudad. Una de ellas, que trata del Patronato canónico de la Virgen Blanca y de los principales acontecimientos en torno a esta imagen de María en los últimos tiempos, fué galardonada en el certamen literario que se celebró el año 1944. Otra es «La Virgen Blanca en la Literatura alavesa», que obtuvo el premio en el tema señalado por el señor Obispo de la Diócesis para los Juegos Florales organizados por el Ayuntamiento el año 1945.



PORTADA ESTAMPADA
POR A. OLLOQUI POR
EL PROCEDIMIENTO
SERIGRAFICO

437

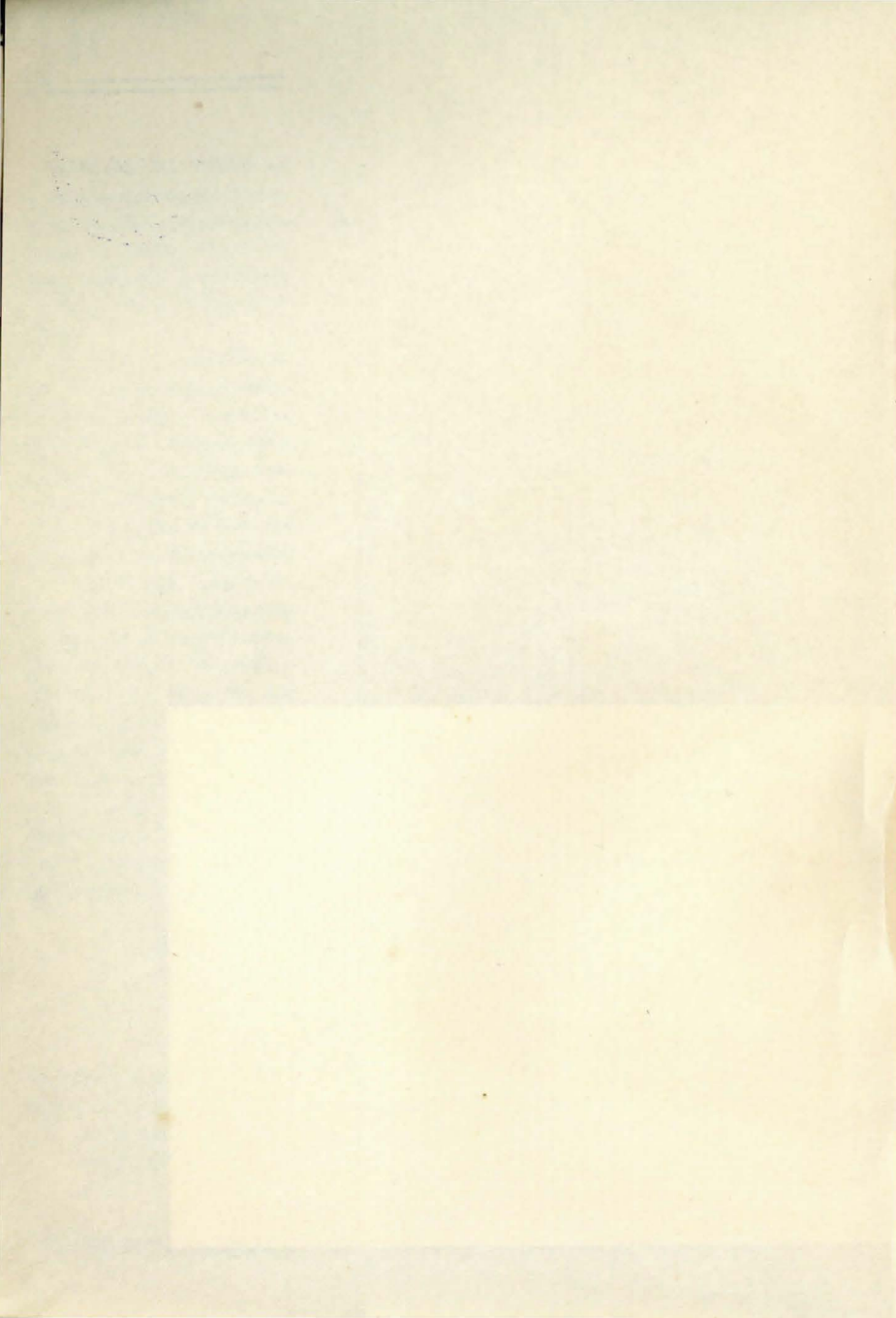
Pétalos de Nieve

Poesías a la Virgen Blanca

Centro de Estudios
e Investigación
Vitoria

BIBLIOTECA

N.º ATA-270





Pétalos de Nieve

Poesías a la Virgen Blanca

Primera edición: Agosto de 1953

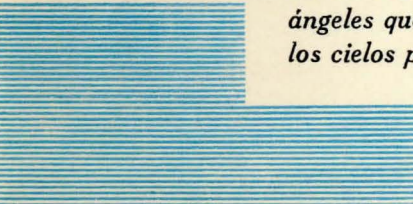
GRAFICAS VICTORIA

Ofrenda

A VOS, Santísima Virgen Blanca. Que nos arrancas del alma los más tiernos requiebros de amor. Que nos iluminas con la luz llena de gracia de tus ojos. Que nos consuelas con la melodiosa voz de tu maternal cariño. Que nos quieres tanto.

Un ramillete más éste de las flores de mis versos; que no serán bonitas, pero que exhalan exquisito aroma, porque están recogidas del jardín del corazón.

Os las ofrezco, Santísima Virgen Blanca, con la ilusión de quienes llenan de flores tu capilla perfumada de plegarias, con la de las novias que dejan a tus plantas los ramos nupciales para que les guíes por la celeste estela de la pureza, con la de los mozos vitorianos que se alzan a tu hornacina para piropearle con las rosas de su juventud, con la de los niños en su angélico desfile por tu azul capilla, con la de todos los vitorianos en la maravillosa noche de tu Rosario y con la de los mismos ángeles que hacen manojos de estrellas en los cielos para coronarte.



Causa Nostrae Letitiae

(A la Virgen Blanca del Rosario de los faroles)

¡Miradla qué guapa viene!
Es la explosión cariñosa
que el corazón no contiene
en la noche más hermosa.
Noche del 4 de Agosto,
tan vitoriana y sin par.
El pecho resulta angosto
para poderla gozar.

¡Miradla qué guapa! Es Ella;
nuestra Virgen de la Blanca
que, al aparecer tan bella,
tales piropos arranca.

Cómo arrodilla a las gentes
y eleva a Ella los ojos,
postrándolos, tan fervientes
a su real paso, de hinojos.

Los ternos toreros quiebran
luz y color en cortejo
de plegarias, con que enhebran
el más solemne festejo.
Bellas fiestas vitorianas
que, en esta radiante noche,
llegan a ser soberanas
en su celeste derroche.

¡Miradla! Esbelta y graciosa.
De Reina, Señora y Madre.
Toda amable y majestuosa;
y, porque todo le cuadre,
nubes de incienso y de flores
son escabel a sus pies,
y envuélvenle surtidores
de luz en claro pavés.

Como corona de gloria,
engastada de oraciones,
en la que pone Vitoria,
por perlas, sus corazones.

Virgen Blanca, ve a tus hijos,
que tienen, pues tanto te aman,
hacia Tí los ojos fijos,
y su Patrona te aclaman.
Como, al verte así de hermosa,
nos das tan grande consuelo,
muéstrate después piadosa,
para gozarte en el cielo.

Turrís Eburnea

(A la Virgen Blanca de la Bornacina)

¡Qué maternal, Virgen Blanca,
entronada en tu hornacina!
No hay faro más esplendente
ni más agudo vigía.
Pues que engendraste la luz
que en tus brazos acaricias,
lo más profundo y recóndito
alumbras de nuestras vidas.

En la antigua fortaleza
de tu pedestal erguida,
vas contemplando el desfile
de gentes en llanto y risa,
y vas viendo el bamboleo
y el derrumbarse sin brida
de instituciones y de hombres.
Y Tú, firme, enhiesta, viva.
Columna fundamental
de la tierra al cielo unida;
sostén de nuestra esperanza,
y esperanza no fallida.

Si de Tí nos olvidamos,
ahí estás, en tu hornacina;
permanente, inamovible,
constante de noche y día.
Recuerdo para nosotros,
salutación bien cumplida

para quien viene de fuera;
para todos, la alegría;
ornato de la Ciudad,
su defensora y su guía,
su consejera, su aliento,
su rosa más escogida.

Tanto es tu amor a nosotros,
nos tienes en tanta estima,
que, cada vez que acudimos
a adorarte en tu hornacina,
escalones nos elevas
hacia el cielo. Desde el día
que en Vitoria te entronaste,
Virgen Blanca, lo sabías.

Quisiste estar elevada,
en tu postura divina,
por mantener más exacta
esa misión de vigía,
y por más aproximarnos
hacia tu celeste silla.

Sedes Sapientiae

(A la Virgen Blanca de la Capilla)

¡Qué apretado se siente aquí tu abrazo,
Virgen Blanca, en tu altar!
¡Qué cobijo más bueno en tu regazo
llegamos a encontrar!


Revestida de azul, como de cielo,
de cielo tu capilla
nos arropa, gozando este consuelo
de tanta maravilla.

¿Quién en este gustar de tu presencia
quisiera abandonarte?
¿Quién, deleitando en tal magnificencia,
dejar podrá de amarte?
¡Qué regalo nos das, al concedernos
llegar a este retiro,
que del cielo nos hace ya creernos
en un bello suspiro!
Blanco, como la nieve, es el cantar
de celestes corales.
Blanca, como la nieve, ante tu altar
repetimos filiales.
Y celeste nevada, que el amor
en copos de flor torna,
se tiende acariciante en derredor
tuyo, y tu altar exorna.
En él cuajan las novias las espumas
de sus caudas nupciales,

y de pureza, Virgen, Tú perfumas
seres angelicales.


¡Qué sueño de candor en tu capilla,
Virgen Blanca, se sueña!

¡Y cómo tanto encanto maravilla
a este alma tan pequeña!



Domus Aurea

(A la Virgen Blanca de la visita Domiciliaria)



Continued on page 10

Continued on page 10

Continued on page 10

Continued on page 10

Los días en que visitas
mi casa Tú, Virgen Blanca,
pongo tapices de fiesta
colgando en mi corazón.

¡No sabes cuánto es el gozo
y cuánta la complacencia,
cuánta la dicha y la paz
el día que a vernos vienes,
y en este Ain-Karen resuenan
los Magnificats y Laudes
que acompañan las trompetas
y los clarines del alma,
con el cortejo oferente
que menester ha tu honor.

¡Tanta es tu estima, Señora!
Por si a olvidarte llegare
o verte yo no pudiera,
tienes sin par gentileza
de visitarme en mi casa;
y, aunque no llegue a tu altar
o pase por tu hornacina,
sé que no he de lamentar
tu carísima presencia;
pues, más fiel que yo lo soy,
nunca olvidas, Virgen Blanca,
el día de tu visita,
en el que cuelgo tapices
de fiesta en mi corazón.

¡¡Qué menos hacer pudiera,
en pago de gracia tanta!!
Si, cuando llegas, mi casa
la alumbra una luz de cielo,
¿qué quieres, Tú, Virgen Blanca,
que, para honrarte, haga yo?

Stella Matutina

(A la Virgen Blanca del Rosario de la Aurora)

Cinco de Agosto en Vitoria.
La mejor de sus mañanas
la despiertan las campanas
con un revuelo de gloria;
por la Virgen chiquitina
de la Blanca, que enloquece,
cuando en la calle aparece
con su cara diamantina.

Una lozana guirnalda
de vitorianos fervientes,
levantando altas sus frentes
hacia la aurora de gualda,
se extiende en ambas aceras
por las calles sigilosas,
prendiéndoles las primeras
alegrías armoniosas.

Búcaros de corazones,
labrados en fino amor,
ofrecen la rica flor
de cantares y oraciones.
Abriendo al sol las cortinas
de seda y raso, se asoman
los arcángeles; y aroman,
con sus gracias peregrinas,
el vetusto itinerario
del Rosario de la Aurora.
Y, por ver a la Señora,


reviven el lapidario
escudo las señoriales
mansiones; y, mañaneros,
se rinden los caballeros
a su Dama Virgen leales.

¡Ay, qué airear de alegría
engalana la mañana,
cuando sales, vitoriana
Virgen Blanca, en este día!


¡Qué salutación Vitoria,
colmándote de loores,
recibe de tus amores
en esta aurora de gloria!
¡Con qué gozo te llevamos
cruzando las calles viejas,
viendo las gracias que dejas!
y ¡con qué afán te rezamos!

Por todo el itinerario
nuestro cariño te aclama
y, piadoso, se derrama
en fervoroso incensario.

¡Virgen de la Blanca amada!
Cuando amanecé este día,
¡cómo el alma de alegría
la sentimos saturada!



Disperas



En el año de mil noventa y tres
se fundó la ciudad de
San Juan de los Rios
y de la Santa Cruz.

En el año de mil noventa y tres
se fundó la ciudad de
San Juan
y de la Santa Cruz.

En el año de mil noventa y tres
se fundó la ciudad de
San Juan de los Rios
y de la Santa Cruz
y en el año de mil noventa y tres
se fundó la ciudad de
San Juan de los Rios
y de la Santa Cruz
y en el año de mil noventa y tres
se fundó la ciudad de
San Juan de los Rios
y de la Santa Cruz.

En el año de mil noventa y tres
se fundó la ciudad de
San Juan de los Rios
y de la Santa Cruz
y en el año de mil noventa y tres
se fundó la ciudad de
San Juan de los Rios
y de la Santa Cruz.

En el año de mil noventa y tres
se fundó la ciudad de
San Juan de los Rios
y de la Santa Cruz
y en el año de mil noventa y tres
se fundó la ciudad de
San Juan de los Rios
y de la Santa Cruz.

Nuestras fiestas empiezan en el cielo.
Llega a él un cohete con la carga
de alegría, entusiasmo y regocijo;
y, al bajar el mensaje de la Virgen,
empuja el voltear de las campanas,
sopla el aire en los tubos musicales,
remueve las banderas en sus ondas
y en los pechos enciende la llamada
que alumbra la Ciudad todas las fiestas
en honor de su excelsa Virgen Blanca.
Para Ella el primer ofrecimiento,
que es, más que cortesía, flor de amor,
litúrgica y cordial dedicatoria
que en haldas del cariño le presenta,
rendida y fervorosa, su Vitoria.

Van prendiendo guirnaldas de alegría
las músicas en todos los balcones
con flores de tonante algarabía.
Y solemne y pausado, con un ritmo
severo, señorital, ceremonioso,
atraviesa Los Arcos el cortejo
municipal.

Dalmáticas de gala,
clarines y atabales relucientes
encroman nueva luz en los rosales
de la Plaza.

Derrama un revoleo
de armonías el órgano del coro,
destella claridades cegadoras
el templo en sus arañas y vitrales;
y el rito de las Vísperas solemnes
abre flor y abanico en el Oficio
con sus blancas, doradas capas magnas.
Se cantan a la Virgen los piropos
poéticos de antífonas y salmos,
y el fervor de la hoguera que los pechos
enardece trasciende por el humo
del incienso rizado y aromático.

A los piés del marmóreo baldaquino
donde asiéntase real la Virgen Blanca
tiende alfombra tejida de plegarias
el clamor de sus hijos vitorianos,
y levanta una arcada de entusiasmo
que el sol sale a dorar con sus pinceles.

Dios te salve, María, Reina y Madre;
a Tí, vida, dulzura y esperanza.

En el pórtico queda tililando
el palpito de amores y oraciones,
vibrantes luminarias encendidas
para honor y loor de la Patrona.

Y por la Plaza torna ya el cortejo,
pausado, señorial, ceremonioso,
a la Casa u hogar de la Ciudad,
que levanta gallarda su Bandera,
cruzada de una roja algarabía
en el blanco remanso de su campo.
reflejando las fiestas que Vitoria
ha encendido esta tarde por la Blanca.

Vestida de sol


Dezida de eol

Las calles derraman luz,
los pechos de amor se incendian.
Las melodías brillantes
con lúcida armonía suenan,
las flores en los jardines
y en los altares destellan
sus más clamantes colores,
como nunca las estrellas
rutilan en el fulgente
cielo donde se reflejan,
los rostros de las mujeres
lucen con sin par belleza;
y es todo un ascua candente,
insuperable en manera.


Si no es por la más radiante,
si no es por la luz de Ella,
por la Virgen de la Blanca,
que, para ser más excelsa,
sale vestida de sol
en esta noche agostaña;
que, si el Sol, por ser aurora,
Ella engendró, bien que Ella
de sol, con derecho vista,
para ser, en Virgen nuestra,
Blanca con albor lumínico
que le muestre la más bella.

Las cosas destruyan las
los pedos de amor se hacen
Las cosas destruyan las
con todos sus efectos
las cosas en los pedos
y en los otros pedos
una más grande cosa
como amor los otros
cruzan en el futuro
esto donde se vejan
los pedos de los pedos
lucen con sus pedos
y es todo un amor
insuperable en amor

El no es por la cosa
el no es por la cosa
por la Virgen de la Blanca
que para ser más cosas
esta vez de los
en esta noche agostosa
que es el Sol por amor
ella agostosa, por la
de los con dentro vista
para ser, en Virgen blanca
blanca con amor
que la muerte la más bella



Aurora del 5 de Agosto



Europa del S. de Agosto

¡Qué fresca el alma se siente
en la aurora; cuando calma,
silencio, serenidad,
la ciudad de paz embriagan,
con ese grato perfume
delicado, que regala
los corazones humanos!

El clarín de esta alborada,
con sus galones de oro
en paños de azul y plata,
pregonando el día nuevo
por las cumbres de Guevara,
desperezado ha la vida
de la ciudad, que se alza
para besarle su túnica,
cual las azucenas albas
y las rosas purpurinas
que en la hornacina hacen guardia
de amor y de reverencia,
a la Virgen de la Blanca.

No duerme Vitoria toda;
no toda ella descansa.
Hay que salir tempraneros
a despertar las campanas
de San Miguel; que madruguen
también ellas; que, galanas,

alegres y retozonas,
dan cien vueltas, cual las aspas
de un molino, sin sosiego,
bullangueras, prontas, rápidas.
5 de Agosto en Vitoria.
5 de Agosto, con alba
de repiques y cantares,
de amores y de plegarias,
de cordial intimidad,
de alegría soberana,
de placer encantador,
de consolación cristiana.
¡Oh, qué aurora más excelsa,
que ella en tanto gozo baña
el corazón vitoriano,
que esplende sin una mácula
en estas horas de calma
callejera, cuando sale
por la Ciudad sosegada
lentamente, muy despacio,
la Señora a visitarla.

Relucen en la Parroquia
sus extraordinarias galas,
palpitan los corazones
al par de la sacra lámpara,
y brillan más los altares
y se encienden más las almas...
Se abren las puertas del templo.
"María, Madre de gracia..."

Ya sale la procesión.
¡Ah, la Virgen! ¡Ah, ya baja!

Y empieza la teoría
de las filas vitorianas,
edificante, admirable,
por la calle de Moraza.
No son, no, los pajarillos,
no los ángeles; quien canta
con este fervor sublime
es esta gente tan sana,
enloquecida de amores
a su Virgen de la Blanca;
voces dulces femeninas,
voces de hombres, recias, anchas:
y el desgrane del Rosario,
oración la más mariana,
va engastando sus diamantes
en aceras y calzadas.
Lentamente, muy despacio,
por la Ciudad encalmada
se pasea a la Señora.
Por los muros de las casas
las oraciones parece
que van ascendiendo altas,
empalmando con el cielo
en la pureza lozana
de aquesta aurora agosteña.
¡Ah, la Virgen! ¡Ah, ya pasa!
Asomáos los dormidos

a balcones y ventanas;
que Ella os perdona el tenerle
a esta hora abandonada.

Cuchillería adelante,
ordenadamente avanza.
El amable "casco viejo"
de Vitoria le enmuralla
en un abrazo tan íntimo
que emociona y entusiasma:
con el regusto a lo nuestro,
de una tradición colmada
del espíritu cristiano,
con perfume de las castas
hermandades cofradiales,
de los gremios que entrelazan
a maestros y aprendices.
El palacio de Bendaña,
con su escudo señorial,
que la espera, se adelanta.
Y revive el cuatrocientos,
y las piedras se agigantan,
ofreciendo a la Señora
los salones de su alcázar.
Y relucen los aceros
en filos de cien espadas
y brillan los terciopelos
y sedas de las casacas.
Enhiestos, rígidos, tiesos,
salen a formar la guardia



los apuestos caballeros
de la Orden de la Banda,
cruzándose con la suya
—distinción muy apreciada—
el claro blancor que lucen
sus vestiduras de gala.
Por el amor y el honor
de la más egregia Dama.

Y pasa, calle adelante;
y el palacio de Bendaña
vuelve a la quietud tranquila
de sus tardes sombreadas;
y se nublan los fulgores
de las altas alabardas
que encendió la fantasía
con su ensoñación dorada.
Caballeros de la Virgen
y de tal Señora Damas,
juglares que van cantando
sus romances en plegarias,
los tan fieles vitorianos,
doblando la calle, avanzan
en su retorno piadoso
a dar alcance a la Plaza.

Va llegándole el aroma
de las "Aves" y cantatas;
y por la puerta del arco
que la Herrería cerraba

se asoman ya los ciriales,
nuncios, con la Cruz alzada.
Las campanas enloquecen
viendo volver a la Amada;
rasga el sol los suaves tules
del cielo, para admirarla;
y, en sublime apoteosis,
le dan cortejo las almas,
unidas al mismo ritmo
de loores y alabanzas.

Y, volviendo cariñosa
desde la alta terraza
a los hijos predilectos
su dulce y limpia mirada,
sobre la Ciudad entera
celeste claror derrama,
que hace esplender este día
con una luz sacrosanta.
5 de Agosto en Vitoria,
por la Virgen de la Blanca.

A la Virgen Blanca

Aún siempre la vió toda la gente
de esta tierra por Ella custodiada.
Blanca como las nieves, y resplandeciente
como luz de día radiante.

Los celosales que en su honor
de sus templos de Virgenes
se le hacen que las infantes claman
de la Virgen, por sus milagros,
celebrando las fiestas y alar en las
de todos momentos al amor.

se conocen ya los caminos
que lleva a la Gran Tierra.
Las campañas silenciosas
siguen volando a la América
desde el sur del mundo hacia
el norte, para sembrar
y el silencio apaciguado
de las montañas y las llanuras.

El Viaje de la Vida

de la vida y la muerte.

Y, volviendo a la vida,
desde la Gran Tierra
a la Gran Tierra,
se sabe y se sabe,
entre la Gran Tierra
y la Gran Tierra,
que hay un camino
que lleva a la Gran Tierra.
Y, volviendo a la vida,
desde la Gran Tierra
a la Gran Tierra,
se sabe y se sabe,
entre la Gran Tierra
y la Gran Tierra,
que hay un camino
que lleva a la Gran Tierra.

Como nada de blanco ni de puro,
así es Ella, mi Virgen, mi Patrona;
sonriendo materna cabe el muro
en que la Ciudad fúlgida la entrona,
desde el tiempo pasado hasta el futuro,
con amor entusiástico y seguro.

Más blanca que los más blancos armiños,
más blanca que en los cisnes su plumaje,
más blanca que el candor es en los niños,
más blanca que el almendro en su ramaje,
más blanca que lo son castos cariños,
más blanca que arcangélicos aliños.
Así la concibió siempre mi mente:
como Dios al crearla inmaculada.


Así siempre la vió toda la gente
de esta tierra por Ella custodiada.
Blanca como las nieves, y eminente
como faro de guía reluciente.

Las antífonas cantan su blancor
con ritos vesperales de liturgias
en la hora que un íntimo clamor
de vidrieras, ornando siderurgias,
encienden los faroles y abre en flor
de todos vitorianos el amor.


Los pechos sin pecado, entusiasmados,
al verla tan radiante, participan
de su blanco absoluto e, iluminados
por su esplendor, gozosos se anticipan
a la gloria que de Ella confiados
esperan por su amor reconfortados.

La Blanca... nuestra Blanca... la más Blanca...
porque es la más purísima y hermosa,
porque Dios, para hacerla así, la arranca
del dolor de la culpa y, casi diosa,
la preserva de toda mancha franca,
llenándola de gracia. Blanca... blanca...

¡Ay, candidas palomas de su plaza!
Las más blancas no sois tanto como Ella
que alabó por su gracia y por su traza
el "Cantar de cantares". La más bella;
a quien Dios predilectamente abraza
y a El por Ella a sus hijos nos enlaza.



La Virgen de mi calle



Los pechos son pequeños, descomulgados,
de vena las de la boca, por el
de la boca son pequeños, y descomulgados,
por la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados.

La boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados.

Los pechos son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados,
a la boca son pequeños, y descomulgados.

Mañana
temprana.

En la torrecilla
de la mi capilla
lozana
suena la campana.

Campanita alegre,
toca, toca más;
mi pecho, de fiesta,
que hoy tiene en su altar
a la Blanca puesta
te marca el compás.

La brisa ligera,
fresca, mañanera,
te mueve.

Toca, campanita parlera,
campanita alegre.

La puerta enverjada
es arco triunfal,
con flores
de risas que dicen tonadas de amores,
y con luz dorada,
sideral,
de amante mirada.

Ya pasa por él
—toca más, campana—
esa clavellina

divina,
gloria de Israel.
Camina
por ese paseo
que entoldan arcadas de verde ramaje
que, con su lenguaje
de suave vago, va
tejiendo encaje
bajo el centelleo
de aquellas
estrellas;
estrellas prendidas allá en lo más alto
—cobalto
de mañanas bellas—.

Las flores de nieve
que a sus piés pusieron las mozas la brisa
de la albada mueve,
y alzan su sonrisa
como si quisieran llegar a besar
el rostro divino,
para allí exhalar
esos sus aromas
de amores
que, en risas y bromas,
dejaron las mozas dentro de las flores.

Cual cauda de novia,
sutil, vaporoso,
se arrastra un cortejo
de tul armonioso,

tejido con notas de azul melodía.

—Campanita alegre,
toca todavía—.

Sus sienes rodean,
corona de trinos,
los mil pajarillos que revolotean;
las flores elevan su tallo, por verle;
las frondas quisieran en ellas mecerle.

Y, alegres, gallardos,
igual que las rosas, igual que los nardos
ya los surtidores
también se levantan rindiéndole honores.

La Virgen pasea
su calle, adorada
de música y flores,
con que va engastada
corona de amores.

La Blanca
pasea su calle —ventanas, balcones—,
¡Toca, campanita!
¡Sursum, corazones!
¿Quién hay más bonita?

Mañana
temprana.
En la torrecilla
de la mi capilla,
lozana
suena la campana.

Una tarde de Santa Ana

(Fragmentos)

Una tarde de Santa Ana

(Argumento)

La mirada dulcísima e infinita
de la Blanca derrama una anchurosa
catarata de luz so la espaciosa
Plaza Vieja, tan linda y tan bonita
que, después del bautismo de su gracia,
su nombre tomara hasta el postrer día.

Al quebrar el blancor de la luz hacia
la Ciudad, por doquier ví que surtía
policroma, esmaltada teoría
de luces y de flores, de ornamentos
de la belleza cientos y más cientos
que, al juntarse en su rítmica armonía,
promovían en un himno colosal
de blanca perfección inmaculada,
pureza de sentir y de querer,
pureza de tonada virginal,
a nuestra Virgen Blanca, tan amada.

.....

Los ternos de alamares guarnecidos
encienden sus candelas rutilantes;
revuelo de percal, fru-fru de sedas;
mantones con sus flecos extendidos,
que sienten palpitaes anhelantes
cuando el diestro en la flámula se enreda.
Hervores de emoción en los tendidos;

borbotones de sangre en los heridos
y desgarrados lomos de la fiera;
mirífico esplendor de torería,
candente animación y gritería.
Aquí, en medio del sol, rancia solera.

Otra vez como fuegos de artificio
los colores deshacen abundosa
lluvia blanca de luz. Yo, desde el quicio
del arco de la calle, esplendorosa,
veo en medio pasar la Virgen Blanca;
y no sé si la luz le hace a Ella hermosa,
o es Ella de quien tal raudal arranca
que a cuanto toca llega su pureza,
tan limpia cual no puede haber belleza.
Sus hijos, como alzando a su mirada
la múltiple inquietud de su existencia
en medio de la noche desterrada,
levantan la fantástica cadencia,
ritmo alegre de fino lampadario,
de los gayos faroles del Rosario.
Sus vaivenes polícromos y undosos
los pálpitos parecen de los pechos
vitorianos, la noche ésta deshechos
en profundos afectos amorosos.

Como frutos en gemas florecidos,
alegrías cuajadas en rosales,
cual si besos de luz fueran, prendidos
luminare en árboles y arbustos

—¡oh delicias de estas noches estivales!—
en La Florida muéstranme sus gustos.
Y surcan los estanques azulinos,
esmeralda, amatista o encarnados,
más plácidos y blancos, los pausados
cisnes, con sus armónicos divinos.

El sol quiebra sus rayos en las juntas
de las amplias vidrieras parroquiales,
y el reflejo lumínico las puntas
irisa de los libros cantorales.
Agobian los ardores de la tarde.
Vitoria, auri-blanqueada, en fiestas arde.
Su hermosa teoría de colores
desfila ante los ojos, soñadores.

Los “blusas” van subiendo a San Miguel,
unidos en fraterno desposorio;
y ofrecen a la Blanca un escabel
de rosas encendidas. Danza, holgorio,
contento por doquiera, sol, bullicio,
cataratas de luz...

.....

Antes de que pasara el resistero,
en lo alto de la Plaza apareció
la esplendorosa luz de un gran flamero,
que en su radiosidad concrecionó
toda la procesión de los colores;

y una extraña armonía combinó
los más célicos cantos de loores:
un himno cual jamás hubo cantores
que entonaran. La Virgen Blanca estaba
en el centro del raudal. El manantío
de donde el resplandor así brotaba
era Ella, su inmácula hermosura,
de la que desbordaba un amplio río
que la Ciudad entera la anegaba,
cubriéndola de dicha y de ventura
con su mater-divino poderío.

La Bandera de la Ciudad

¡Tan puro fué el beso
de los puros ángeles
a la Virgen Blanca!
Lo recortó el aire,
y en lluvia de azucenas derramóse
a los piés divinales de la Madre.
Un rítmico concierto de blancura
puso suavidades
de castas caricias,
como de un ventalle
que las plumas angélicas abrieran
con grácil donaire.

Finísimo cendal de lino —símbolo
de los justos— rodéale su talle
en cordial abrazo
a la bella imagen.

Y María, la célica Señora,
con la gracia que en ella sola cabe,
al alzar su diestra,
bendicente y cargada de bondades,
en el giro materno de su brazo,
sus rosas reparte
—rosas de amor suyo,
besos de los ángeles—
y un campo florece
de albura, sin espacios y sin márgenes.

Fué horizonte de nieve en un principio,
porque nada en blancura le ganase;
el fervor de los besos se hizo flor,
y jardín las caricias de la Madre.

Virgen Blanca: ¡qué bella la bandera
de tus pueblos, si en ella se cuajasen
esas dulces caricias de tu esencia,
esos besos tan puros de los ángeles!

Nuestra Virgen Blanca
levantó su dosel sobre las calles
que, piadosas, ciñenle
del orto a la tarde
y, extendiendo su manto de azucenas
de una a otra parte,
nos lo dió por bandera, y por señal,
en color de sangre,
con un aspa de amor la hizo cruzar.

Como altos ciriales
en ritual liturgia
van alzando sus luces en el aire
los disparos magnos
de las bombas reales,
que son de las fiestas
la señal y clave;
y de la explosión
de júbilo y gozo
la bandera sale
voceando en sus pliegues la alegría

por cima el balaustre
del balcón central,
en la Plaza mayor, piedras de laudes.

La simbólica paz de la bandera
como nunca parte
su aspado rojo; grito de clamor,
júbilo tonante.

Y un ariñ-ariñ,
saltando entre las bombas musicales
de los chistus, refleja —blanco y rojo—
briosos danzantes,
que trenzan con espadas de la luna
sus ágiles bailes.

Bandera de Vitoria, la Ciudad
bella y fascinante;
por virtud admirada, y no por fúlgida;
por gracia y donaire,
más que por elegante y por coqueta;
tanto por ser bonita, como amable.

Más de cien balcones,
para venerarle,
han salido a la Plaza engalanados
en función de altares,
luciendo ante su pecho emocionado
el tapiz granate,
señorial, solemne,
de ricos frontales.

En el festón pétreo
que pone remate
en la balconada
los pajarillos labran el encaje
de arpegiados trinos;
Un coro de infantes
juega al corro en la estrella de la Plaza,
soñando cabezudos y gigantes;
y en su seno engendra
un fruto de pureza y amor cabe
la bandera señera de Vitoria,
la Ciudad de la Blanca fascinante.

Entre la penumbra
de los soportales
un cortejo de sombras va pasando,
recortado en históricos pasajes
de hace tantos años,
en que, en batallas y solemnidades,
otros vitorianos
lucieron los gloriosos tafetanes
de esta bandera blanca aspada en rojo.

Al caer la tarde,
se recoge la Plaza en su silencio,
musitando del Angelus el Ave.

Cuatrocientas estrellas —ojos de oro—
se alzan en los velones por mirarla,
y alumbran el escudo de Vitoria,
en una apoteosis deslumbrante.

En la Plaza Vieja,
la Plaza de la Virgen Blanca baten
sus alas gozosas
—pañuelos al aire—
bandadas de palomas vitorianas,
que revuelan jugando ante la imagen;
la más blanca paloma, ante el vestibulo
parroquial que, aguerrido y arrogante,
guarda, lanza en mano,
San Miguel Arcángel.

Palomas juguetonas, en los vuelos
del manto virginal van a enredarse
y en él, picos y plumas entretejen
—ni hebras ni dedales—
otra vez la Bandera de Vitoria
con hilos de celestes palomares.

Con envidia de alas,
han vuelto los ángeles
a en ella recoger su beso puro
y, llévanla a los célicos alcázares
para que la bese
nuestra Reina y Madre,
y tenga esta bandera el privilegio
de ser, en los cortejos siderales,
—alférez el Arcángel de la Blanca—
primer estandarte.

En la Plaza Vieja,
la Plaza de la Virgen Blanca,
con sus fuentes,
perdidos al sur,
candados de palomas voladoras,
que revolaban jugando ante la Iglesia;
la Plaza de la Salina, ante el castaño
particular que, ahogado y ahogado,
guarda la casa en su seno
San Miguel Arcángel,
Bosques, jardines, en los veranos
del mundo virginal van a cantar
y en el poro y plumas entreciadas
— en flores se debelen —
ante los la Alameda de Ylles,
con hilos de colores palomeros,
Los árboles de algarrobo de ayer
han vuelto los árboles de hoy
y en esta tierra, en este país
y, después a los árboles de ayer
para que la base
nuestra Reina y Madre
y tenga esta bandera el prestigio
de ser, en los coros andaluces,
— al lado del Arcángel de la Alameda —
fuerza estandarte — y en estos
— y en estos — en esta tierra
— y en esta — en esta tierra

Pensé por qué así suena,
por qué así armoniza cantada,
con sus pios en el viento
bruto se arrastra y agita,
hecho en armonía y canto,
y así.

Madrigal a las Blancas

Pensé por qué son los cisnes
en el agua de las lagunas
por qué el mundo de las nubes
y del estío se goza,
Pensé, que las bellas son
porque son las plumas blancas.

Pensé por qué son los angelitos
del cielo siempre guardados
y son los ángeles de la tierra
volando en el aire azul,
y es que los angelitos puros
vienen de las alas blancas.


Ya no pienso por qué vive,
ni por qué se levanta y duerme,
Porque él es el Ángel Blanco,
porque él es el Ángel Blanco.

Pensé por qué así, suicida,
por una inmensa cascada,
con sus piés en el abismo,
brusca se arrojaba el agua,
hecha, en añicos, estrellas.
Y era, por hacerse *blanca*.


Pensé por qué son los cisnes
un encanto de las hadas;
por qué el sueño de los niños
y del estanque la gracia.
Pensé... que tan bellos son
porque son sus plumas *blancas*.

Pensé por qué son los ángeles
del cielo escogida guarda
y son lacayos divinos
conduciendo a él las almas;
y es que su espíritu puro
refleja en sus alas *blancas*.

Ya no pensé por qué eras,
mujer, tan hermosa y guapa.
Porque tú te llamas Nieves,
porque tú te llamas *Blanca*.



Pétalos de nieve



Detalles de nicas

Con gorros de estrellas y armados de rayos
los ángeles rubios juegan a soldados.
Libran los combates de loores santos
en justas alegres y torneos cándidos.

Su Dama y su Reina, la de más encantos;
la aurora más bella del Sol más preclaro.

Cíñenle diadema de ricos trenzados
con perlas de aljófar y lirios del campo,
y por vestimenta le tejen un manto
con sedas de nubes y piar de pájaros.

En su honor hoy juegan combate exaltado;
batalla de flores, que el cielo ha alfombrado,
escabel virgíneo, de pétalos blancos.

El aire amoroso de Dios encarnado
los aventa ténues, volando al espacio,
y parecen copos y semillas de ampo,
pétalos de nieve de rosal sagrado.

En el Esquilino, el monte romano,
trazan la capilla de un sueño de ancianos,
que sirva de trono y hogar venerado
a Santa María, sin que tenga ocaso.

Los ángeles juegan con traje azulado
a soltar guirnaldas de albos entrenzados,
por luchar a flores con pétalos blancos
de aromas celestes y temblores castos.

Obras del mismo autor:

«Calles Vitorianas».

«La iglesia parroquial
de San Pedro Apóstol,
de Vitoria».



De próxima publicación:

«Vitoria en el año
de 1900».

«Vitoria a mediados
de siglo».

«La Virgen Blanca en
la literatura alavesa».

Himno

de la Coronación de la Virgen Blanca

Virgen Blanca, manantial
eres de hermosura;
puro y místico panal
de toda dulzura.

Reina y Madre singular,
que eres nuestra gloria,
con un júbilo sin par
te aclama Vitoria.

Virgen Blanca, tu Ciudad
mira aquí postrada;
que te aclama sin cesar
Reina coronada.

Virgen Blanca, míranos
misericordiosa.
Madre nuestra, escúchanos,
óvenos, piadosa.

Pura y cándida paloma
a tu nido quiero ir;
bajo el ala de tu manto
gustar tu aroma,
gozar tu encanto.

Sálvame, Reina y Señora;
Virgen Blanca, ayúdanos;
vé a tu pueblo que te implora,
y en toda hora
defiéndenos.

